

# Sobre “París era una fiesta”, de Ernest Hemingway

Escribe: HUGO RUIZ R.

ERNEST HEMINGWAY: *París era una fiesta*, ediciones Seix Barral.

Es este un libro publicado después de la muerte del autor, pero escrito entre el otoño de 1957 y el de 1960. Hemingway lo inició y terminó en Cuba, trabajándolo en Ketchum (Idaho) por el invierno de 1958-59. Llevó luego el manuscrito a España, en 1959, y volvió con él a Cuba y luego otra vez a Ketchum, a fines de otoño, para terminarlo en la primavera de 1960, tras una interrupción en la cual escribió un libro sobre la rivalidad en los ruedos de España entre los toreros Antonio Ordóñez y Luis Miguel Dominguín, *El verano peligroso*. Retocó el libro en el otoño de 1960, en Ketchum.

Como la obra trata sobre los años que van de 1921 a 1926, según lo señala una nota que trae la edición española, de la cual he tomado también los datos anteriores, se comprueba la gran capacidad de Hemingway para escribir sobre episodios de su vida una vez madurados lenta y conscientemente, sistema que adoptó siempre para escribir cualquier cosa, como él mismo lo declaró en un reportaje a la revista *Play-Boy*, y como lo demuestran los siguientes apartes de la obra que aquí comentamos:

“...Al terminar un cuento me sentía siempre vaciado y a la vez triste y contento, como si hubiera hecho el amor, y aquella vez estaba seguro de que era un buen cuento, aunque para saber hasta donde era bueno había que esperar a releerlo al día siguiente”.

“En aquel cuarto aprendí también a no pensar en lo que tenía a medio escribir, desde el momento en que me interrumpía hasta que volvía a empezar al día siguiente. Así mi subconsciente haría su parte de trabajo, y entre tanto yo escucharía lo que se decía y me fijaría en todo, con suerte; y aprendería, con suerte, y leería para no pensar en mi trabajo y volverme impotente para rematarlo. Bajar la escalera cuando el trabajo se me daba bien, en lo cual entraba suerte tanto como disciplina, era una sensación maravillosa y luego estaba libre para pasear por todo París”.

Entre los años que Hemingway vivió en París, de los cuales da cuenta el libro, y la iniciación de su realización, median 31 años. Empezó a escribirlo en 1957, como se reseñó antes, y narró en él los acontecimientos sucedidos entre 1921 y 1926. Lo terminó en 1960 y dos años más tarde puso fin a su vida.

Sin embargo, Hemingway anota que el libro no es estrictamente autobiográfico. "Si el lector lo prefiere —señala en el prefacio— puede considerar el libro como obra de ficción. Pero siempre cabe la posibilidad de que un libro de ficción arroje alguna luz sobre las cosas que fueron antes contadas como hechos".

Esto, desde luego, es así, pero resulta evidente que, si bien los acontecimientos que se narran no tienen por que ser rigurosamente autobiográficos, Hemingway partió de hechos *vividos*, que recreó en su obra con una frescura y fuerza incomparables. Y si los hechos de que nos habla en *París era una fiesta* no sucedieron tal como el autor los cuenta, que debe ser lo cierto, son autobiográficos en su esencia, en su estructura básica, ya que no en los detalles. De ahí que el libro logre dar una plena sensación de vitalidad, si bien no se nos escapa que esta fue creada por la misma maestría literaria del autor. Pero la fuente de esta vitalidad se encuentra no solo en el dominio de la técnica narrativa y del idioma que tenía Hemingway. Es necesario buscarla también en los acontecimientos que el autor narra, ya que precisamente lo que caracteriza al novelista norteamericano es su falta de "intelectualidad" al escribir, la que suple abundantemente por su amor a la vida y a la literatura, pero sin diferenciarlas, fundiéndolas en una sola, de tal modo que su vida fue también su obra, casi hasta en los más mínimos detalles.

Para corroborar esta afirmación, basta leer algunos fragmentos del libro, en los cuales se comprueba cómo la vida se filtra a cada momento en la obra de Hemingway en una forma directa, individualista en ocasiones, y cómo esta a su vez se nutre de la primera, formando un todo indisoluble. Veamos el primero:

"Estaba escribiendo un cuento que pasaba allá en Michigan, y como el día era crudo y frío y resoplante, un día así hizo en mi cuento. Por entonces, ya los fines de otoño se me habían echado encima de niño y de muchacho, y de joven y, puesto a describirlos, en unos lugares salía mejor que en otros. A eso se le llama trasplantarse, pensé, y a lo mejor les conviene tanto a las personas como a las otras especies cuando crecen. Pero en mi cuento los amigos bebían unas copas y me entró sed y pedí un ron *Saint James*. Sabía a maravilla con aquel frío y seguí escribiendo, sintiéndome muy bien y sintiendo que el buen ron de la Martinica me corría, cálido, por el cuerpo y por el espíritu".

O este otro:

"Me senté en una esquina mientras la luz del atardecer entraba pasando por encima de mi hombro, y me puse a escribir en mi libreta. El camarero me trajo un *café-creme*, del que bebía la mitad cuando estuvo frío, y olvidé el resto en la mesa. Cuando terminé de escribir, no quería alejarme de mi río, dejar de mirar las truchas en el remanso y la superficie

del agua henchida y lisa, que presionaba contra la resistencia del puente de madera. El tema del cuento era la vuelta de la guerra, pero a la guerra no se la mencionaba nunca”.

Estos fragmentos sirven para indicarnos claramente cuál era la actitud que Hemingway asumía ante su trabajo profesional de escritor. El cuento a que se refiere en el aparte citado, es *El regreso del soldado*, de un vigor que llega a hacerse mortificante, por lo amargo, pero que pinta la forma como la guerra marcó a muchos de sus hombres, dejándolos sin ideales para reconstruir una vida al término de ella.

Y se comprueba también, a través de algunos párrafos del libro, cómo la voluntad de Hemingway superó todos los obstáculos, venció el hambre que tuvo que aguantar en París cuando se decidió a abandonar el periodismo para poder escribir, e incluso renunció a los más elementales derechos afectivos que alguien puede desear. El precio de la gloria es enorme, sin duda alguna. Hemingway lo pagó hasta el final.

El proceso seguido por Hemingway para escribir un cuento, o una novela, aparece claro luego de leer atentamente este libro. Después del fragmento antes citado, el autor añade:

“Sin embargo, a la mañana siguiente el río volvería a estar ante mí, y yo tendría que construir el río y los campos y todo lo que tenía que ocurrir en el relato. Se abría una serie de días que aquel trabajo llenaría enteramente. Era lo único que importaba. En mi bolsillo estaba el dinero recibido de Alemania, de modo que no había apuro. Cuando aquel dinero se terminara llegaría otro”.

“Lo único que yo tenía que hacer era conservar mi cabeza en buena forma, hasta que a la mañana siguiente me pusiera otra vez a trabajar”.

*París era una fiesta* es también una confesión. Hemingway relata en él todas las peripecias de su formación literaria, a los veinte y tantos años de edad, y las relata desde su edad madura, cuando se sabía ya un maestro de la narración. Pero todas las dificultades que entonces se vio obligado a afrontar le servían de aprendizaje, así como sus alegrías. No hay nada que viviera que Hemingway no analizara a la luz de su vocación de escritor. Pero no le interesaba solo, como a muchos escritores jóvenes, contar sus experiencias. Le interesaba, ante todo, contarlas bien, y su estilo conciso y afirmativo, de un gran poder de síntesis, se forjó a través de innumerables ejercicios y meditaciones. Hemos visto ya algunos ejemplos, pero agregemos este:

“Era una maravilla bajar los largos tramos de escaleras y tener conciencia de que el trabajo se me había dado bien. Cada día seguía trabajando hasta que una cosa tomaba forma, y siempre me interrumpía cuando no veía claro lo que tenía que seguir. Así estaba seguro de continuar al día siguiente. Pero, a veces, cuando empezaba un cuento y no había modo de que arrancara, me sentaba ante la chimenea y apretaba una monda de mandarina y caían gotas en la llama y yo observaba el chisporroteo azulado. De pie, miraba los tejados de París y pensaba: *No te preocupes. Hasta ahora has escrito y seguirás escribiendo. Lo único que tienes que hacer es escribir una frase tan verídica como sepas.* De modo que al cabo

escribía una frase verídica, y a partir de allí seguía adelante. Entonces se me daba fácil porque siempre había una frase verídica que yo sabía o había observado o había oído decir. En cuanto me ponía a escribir como un estilista, o como uno que presenta o exhibe, resultaba que aquella labor de filacterio y de voluta sobraba, y era mejor cortar y poner en cabeza la primera frase sencilla indicativa verídica que hubiera escrito. En aquel cuarto tomé la decisión de escribir un cuento sobre cada cosa que me fuera familiar. Tenía esa intención presente siempre que escribía, y me daba una disciplina buena y severa”.

El libro, pues, presenta a un Hemingway joven que da sus primeros pasos literarios, dedicado por completo a su vocación, y a través de sus páginas aparecen las figuras familiares de T. S. Eliot, Ezra Pound, James Joyce, Scott Fitzgerald, Gertrude Stein y otros escritores, además del ambiente de ciertos cafés donde se reunían con pintores y artistas en general. Aparece también la figura de Sylvia Beach, cuya librería sirvió de centro de reunión y tertulia de muchos escritores, tanto ingleses como norteamericanos, que a ella asistían con frecuencia. Sylvia era en bastantes ocasiones una buena ayuda, como lo fue para Hemingway, y era allí donde él podía tomar libros prestados, ya que entonces el dinero no alcanzaba para comprarlos.

Mientras duró el periodismo, las cosas no marcharon tan mal. Sin embargo, se tiene la impresión de que Hemingway no fue precisamente alguien previsor, ni lo que la burguesía entiende por “responsable”. Como se entregaba plenamente a la vida, todo lo hacía intensamente. Era un hombre “marcado para la vida”, como lo define un personaje del libro. Desde luego, esto mismo le impedía recordar a otras personas ligadas a su vida, como su mujer. Viviendo en un pequeño y modesto apartamento, escribiendo en los cafés, Hemingway llevaba su vida en París, a su manera, y no deja de conmover el silencio de su mujer ante tal situación, marcada por los problemas económicos. Hemingway, sin embargo, reconoce el hecho, y nos habla de él en la siguiente forma:

“Desde luego, yo no había hecho nada por darle un poco de comodidad, y tenía que reconocer que los apuros no eran cosa de broma. A la persona que trabaja y que encuentra satisfacción en su trabajo, la pobreza no le preocupa. Los que sufren son los otros. Para mí, las bañeras y las duchas y los retretes eran cosas sin valor porque cualquier necio las tiene, y además nosotros las teníamos también cuando salíamos de viaje, lo cual ocurría a menudo. Para el uso ordinario, siempre había los baños públicos al cabo de la calle, junto al río. Mi mujer no se quejaba nunca por cosas así”.

Después fue peor, pero podía más en Hemingway su pasión por la vida, de la que estaba aprendiendo en función de sus ambiciones literarias. En una ocasión, según cuenta el libro, andaba con hambre por las calles de París hasta que llegó a la librería de Sylvia Beach y se encontró con un cheque de una revista alemana. En seguida se fue a uno de los mejores y más costosos restaurantes, aunque sabía que el dinero no volvería prontamente.

Iba también a las carreras de caballos, sea con un amigo o con su mujer, y si ganaban, era nuevamente la gran cena con botellas de vino. En ocasiones perdían, y la afición llegaba a tal punto que contaba con un fondo especial de ahorros destinados a apostar. De esta experiencia surgió un cuento inolvidable, el único que le quedó a Hemingway cuando se le perdieron sus manuscritos en una maleta, *My old man*, traducido al castellano bajo el título de *El padre*, donde el autor muestra, a través de los ojos del pequeño hijo del inveterado apostador de caballos, toda la miseria, pobreza y frustraciones de los hombres que en aquel ambiente se mueven.

Cuando dejó los caballos, intentó cambiarlos por las carreras de bicicletas. Entonces asiste con frecuencia al velódromo, y logra entusiasmarse. Hay un párrafo en el que consigna el cuento que sobre tal tema hubiera querido escribir, y que sirve como modelo de la pasión que Hemingway ponía a sus cuentos, y de lo que en cada ocasión aspiraba a lograr retratar. Sobre las carreras de bicicletas, en relación con el cuento que quiso escribir y nunca escribió, dice lo siguiente:

“Pero, por un tiempo, nos bastó con quedarnos en nuestro barrio y no tener que atravesar París para ir a los hipódromos, y apostar solo por nuestra vida y nuestro trabajo y los pintores amigos, y no basar la vida en un juego de azar disfrazado con otros nombres. He empezado muchas veces a escribir un cuento sobre carreras de bicicletas, pero nunca me ha salido ninguno que fuera tan bueno como son las carreras, las del velódromo cubierto o al aire libre, tanto como las de carretera. Pero algún día lograré meter en unas páginas el *Vélodrome d'hiver*, con su luz que atravesaba capas y capas de humo, con la pista de madera y sus empinados virajes, y el zumbido de los tubulares sobre la madera cuando pasaban los ciclistas, y el esfuerzo y las tácticas y los corredores desviándose arriba o abajo en la pista, convertidos en una parte de sus máquinas. Lograré meter la impresión fantástica del medio fondo, el ruido de las motos de los entrenadores con sus pesados cascos y sus teatrales trajes de cuero, que se inclinaban hacia atrás para proteger a los ciclistas de la resistencia del aire, y los ciclistas con sus cascos ligeros que se pegaban a los manillares, sus piernas que hacían girar a gran velocidad los pedales, y las pequeñas ruedas delanteras se pegaban al rodillo de la moto tras la cual se abrigaba el ciclista, y los duelos en que se alcanzaba el colmo de la excitación, con el petardo de las motos y con los ciclistas corriendo codo a codo y rueda a rueda, arriba por el peralte y lanzándose abajo y dando vueltas a una velocidad como para matarse, y de pronto un hombre que no podía sostener la velocidad y se descomponía, y se le veía chocar brutalmente contra la sólida muralla de aire de la que hasta entonces había estado separado”.

Hemingway continúa su descripción, pero nosotros solo transcribimos hasta aquí para no extender demasiado esta nota. De cualquier modo, basta para comprender el entusiasmo con que el novelista norteamericano acometía la creación de sus obras.

Pero la realidad, para Hemingway, era diferente, y llegaba a acosarlo. Cuando dejó el periodismo, se vio enfrentado a una triste situación económica. Deambulaba entonces por París, rumiando pensamientos, mien-

tras su mujer lo esperaba. Sin embargo, no pensó en regresar al periodismo. En realidad, nunca tomó esta profesión en serio. Además, la confianza en sí mismo nunca lo abandonó. Luego de explicar una teoría, en un monólogo, sobre determinada forma de escribir, dice:

“Bueno, pensé, así me salen los cuentos ahora, que nadie los entiende. Si hay algo seguro, es esto. El hecho cierto es que no hay ninguna demanda por mis cuentos. Pero un día llegarán a entenderlos, como pasa siempre con la pintura. Solo hace falta tiempo, y solo hace falta confianza”.

Además, tenía su propio criterio acerca de la literatura y no dejaba que nadie lo cambiara. A pesar de estar aún empezando, cuenta el libro que Gertrude Stein le reprochó un cuento por ser, según ella, *inaccrochable*, es decir, impublicable. La razón de la observación de la Stein era algunas palabras. Hemingway le contestó:

“¿Pero no piensa usted que tal vez no sea indecente, que uno pretende solo emplear las palabras que los personajes emplearían en la realidad? ¿Que hacen falta esas palabras para que el cuento suene a verdadero, y no hay más remedio que emplearlas? Son necesarias”.

Y es también en el relato de una conversación con Gertrude Stein que aparece el concepto que del hombre tenía Hemingway, quien lo concebía como un héroe a toda prueba. El concepto de la hombría, a la manera en que la entendía Hemingway, que es al fin y al cabo la que aquí cuenta, consistía antes que todo en no temer a la muerte. De ahí su admiración por los toreros, los boxeadores y su afición al deporte de la caza. Muchos modelos de este concepto suyo sobre el hombre se encuentran en su obra. En *¿Por quién doblan las campanas?*, aparece claramente definido tal criterio en el monólogo de El Sordo mientras espera que los aviones, que ya se divisan en el horizonte, bombardeen la montaña en que él y sus compañeros se encuentran, y que se inicia con las palabras “Morir no era nada...”. En *París era una fiesta*, el párrafo a que me refiero es el siguiente:

“Sometido a interrogatorio por Miss Stein, probé de explicarle que cuando uno era un muchacho y andaba en compañía de hombres, uno tenía que estar dispuesto a matar un hombre, y saber cómo se hace y realmente sentirse capaz de hacerlo, si no quería verse molestado por decirlo con un término *accrochable*. Si uno se sentía capaz de matar, los demás se daban cuenta pronto y le dejaban a uno en paz, pero siempre había ciertas situaciones a las que uno no debía dejarse llevar ni por la fuerza ni por la trampa”.

Un retrato de Hemingway a través de sus amistades con Sylvia Beach, con Scott Fitzgerald, con Ezra Pound, Blaise Cendrars, y de la forma en que trabajaba a diario en sus relatos, del amor por su mujer, de las carreras de caballos, bajo un irregular telón de mediana comodidad y nuevamente la pobreza, hasta que, finalmente, el éxito dejó ver su primera sonrisa, y con él empezó a llegar un bienestar económico. Todo narrado en París, el París de los que la misma Gertrude Stein calificó de “generación perdida”, y en el cual Hemingway vivió lo mejor de su juventud,

y donde se forjó a través de innumerables experiencias. Este mismo París lo había dejado entrever en su novela *Fiesta*, en el título castellano, y *The sun also rises*, en el original.

Esto y muchas cosas más es *París era una fiesta*. Y la visión que de la Ciudad Luz nos da Hemingway se olvidará difícilmente. Hemingway termina el libro con estas palabras, con las cuales, deseo acabar esta nota:

“París no se acaba nunca, y el recuerdo de cada persona que ha vivido allí es distinto del recuerdo de cualquier otra. Siempre hemos vuelto, estuviéramos donde estuviéramos y sin importarnos lo trabajoso o lo fácil que fuera llegar allí. París siempre valía la pena, y uno recibía siempre algo a trueque de lo que allí dejaba. Yo he hablado de París según era en los primeros tiempos, cuando éramos muy pobres y muy felices”.